DONOSTIAKO UDAL LIBURUTEGIA - BIBLIOTECA MUNICIPAL DE SAN SEBASTIAN

CUARTILLAS DEL Dr. JUARISTI

EN MEMORIA DEL Dr. URRUTIA

En otro lugar reseñamos someramente la velada que la Academia Médico-Quirúrgica dedicó ayer a la memoria del Dr. Urrutia. Otro beceño donostiarra, otro médico ilustre, el Dr. Juaristi, terminó la velada con estas cuartillas que, sin adjetivos, servimos a la complacencia del lector:

En nombre de los navarros

"Como embajadores de Navarra hemos venido tres médicos. Uno por la Montaña, otro por la Cuenca, otro por la Ribera. Algunos más se nos agregaron por impulso de su corazón. He dicho embajadores de Navarra y no de los médicos navarros, porque Urrutia estaba no sólo entre nuestros libros, sino en el sentimiento popular, que distingue y admira al hombre de mérito.

Vosotros conocéis bien, de la Montaña, aquella parte que es suave ladera y verde prado, sembrada de caseríos y de bellas casonas de indianos que, al volver de América con el bolsón repleto de oro, traen el hígado endurecido y blandos los intestinos. Aún queda el monte selvático y rocoso, nidal de buitres y águilas, cobijo del pastor y del carbonero. De la Cuenca sabéis las fiestas profanas y religiosas, sabéis el regalo de la mesa y el tañer de la campana, mozos de San Fermín, mozorros del Viernes Santo. Y de la Ribera, la de los toritos bravos, la huerta tudelana y de las bodegas opulentas de Allló, de Lerín, de Olite, conocéis la sangre viva y el nervio vibrante.

Os decimos que, entre todos, entre los indianos y los canónigos, los pastores y los carboneros, los mercaderes y los almadieros, los huertanos y los viñadores, Urrutia era como un mago, conocedor de las humanas entrañas, y tan hábil que el enfermo se confiaba a él, seguro de que tenía la facultad de abrir, componer y cerrar lo viviente, como un relojero abre, compone y cierra los dentados rodajes de un cronómetro.

Ellos, los enfermos, han sentido aún más agudamente que nosotros los médicos la pérdida de Urrutia, porque a nosotros nos quedan sus enseñanzas y a ellos les falta la mano privilegiada.

En nombre de los navarros que curó, alivió y consoló y en nombre de los que enseñó, decimos nuestra pena al Colegio de Guipúzcoa, a los deudos del finado, y nos inclinamos reverentes ante sus grandes merecimientos.

Otro encargo he de cumplir, muy honroso. La Sociedad de Estudios Vascos acordó sumarse a este homenaje póstumo. En su representación debió venir nuestro compañero Armendáriz; pero no ha podido hacerlo por tribulaciones familiares. De parte suya he de decir que aquella ilustre Asociación está hoy entre nosotros y tiene el propósito de hacer algo más por la memoria de nuestro sabio.

Y ahora dadme licencia para decir algo de mis propios sentimientos, en párrafos que os parecerán rotos y acaso impropios de esta solemnidad oficial; pero es que yo soy el estudiante pobre que sucedió a Urrutia en la boca del Ayuntamiento de San Sebastián, y que también comió el pan en el borde de la mesa de anatomía. Aún vivo como él luego vivió, con el bisturí en la diestra y un libro sobre el corazón, como he querido retratarle. Yo soy su camarada menor; menor en todo lo que tiene una dimensión válida, camarada sin familiaridad, sin tuteo, pero camarada con el cerebro y el corazón.

El capitán Urrutia

En aquél tiempo, los que teníamos catorce años, vivíamos bajo el encanto de Mayne-Reid y de Julio Verne. En la Biblioteca municipal, había siempre algún muchacho corriendo tras los Forbantes o los piratas de las Antillas, o buscando al capitán Grant.

En los bancos del Instituto, el silencio de los escolares era debido más al interés puesto en las aventuras leídas a escondidas, que en las explicaciones del profesor. Todos soñábamos en salir, por entre Santa Clara y el Castillo, para recobrar un tesoro escondido. Todos teníamos un velero pintado de blanco, bien pertrechado para un viaje largo y accidentado; claro es que nuestro barco estaba construído en los astilleros de la imaginación. Pero uno entre nosotros, enemigo de imágenes, menospreciaba este barco fantasma y quería uno... iba a decir de "carne y hueso", pensando (yo sigo siendo imaginador) que un barco, con su proa cefálica, su timón caudal, sus costillares y sus compartimentos viscerales, sus agujeros para ver y exhalar el agua, y sus cordajes como nervios, tiene algo de animal.

Urrutia quería pilotear un barco y ser luego capitán de la marina; en vez de soñar se iba al muelle y aprendía la anatomía del "quechemarín", de la goleta, del bergantín; y distinguía los palitroques del botalón, el mayor, la mesana, el trinquete, las jarcias y las cangrejas y el lodo, el cordaje y la trapalería blanca con que se vestían los mensajeros de los mares del Norte. Y cuando ya lo supo todo, hubo que olvidarlo. El hijo único de padres menestrales no podía lanzarse al riesgo del mar y dejar sin aplicación su talento que no es necesario para llevar un barco por una ruta comercial.

Pero Urrutia hubiera sido un buen capitán del mar; solitario, reconcentrado, observador, enérgico. Hubiera enriquecido las cartas náuticas y los Museos Oceanográficos.

Yo me lo imagino, con su gorra de visera y el grueso chaquetón azul, la frente plegada y el puño cerrado sobre el mapa, y los ojos abiertos sobre el celaje. Probablemente se hubiera enrolado en una expedición científica, como las del Príncipe de Mónaco o las del doctor Charcot en su "Pourquoi pas?". Probablemente, a pesar de los riesgos del mar, aún viviría y leeríamos las fecundas investigaciones del capitán Urrutia. Y como Alava tuvo al explorador Iradier, tendríamos nosotros a Urrutia, el explorador.

El cazador canadiense

Cuando estudiábamos Filosofía en la Universidad, leíamos que un cazador, en el Canadá, recibió un tiro en el vientre, y a consecuencia de la herida le quedó una fístula gástrica, que los investigadores aprovecharon para tratar de ver lo que pasaba allá adentro; entonces ni se conocía la sonda gástrica, ni la cirugía experimental había llegado a crear fístulas gástricas "in anima vili".

Si Urrutia hubiera sido de aquel tiempo, hubiese vendido sus muebles (como Palissy quemó los suyos para mantener el fuego en sus hornos cerámicos) para marcharse al Canadá y mirar por el agujero del vientre del cazador y meter en él sus dedos curiosos.

En rigor, lo hizo. El no estaba satisfecho con lo que decían los libros, a base de pura clínica y de autopsias. Lo primero dejaba demasiado margen a interpretaciones arbitrarias; lo segundo sólo enseñaba el epílogo del drama, las pavesas del incendio. Había que construir la anatomía patológica en todas las fases evolutivas de la enfermedad, como ya lo estaban haciendo los cirujanos generales, en cuanto a otras regiones; había que ser cirujano en la especialidad. Y sacrificando su posición segura de médico, con excelente clientela, se embarcó en la gran cirugía y llegó al Nuevo Mundo de las intervenciones abdominales y miró por las aberturas laparatómicas y palpó las flegmasías, las ulceraciones, las neoplasias, y rectificó inexactitudes que pasaban por verdades, y nos enseñó la verdad. Pero, además este viaje al Canadá que yo he trazado como una figura literaria, lo hizo Urrutia, en realidad, el año 21 o de él nos dió cuenta en un interesante folleto, en ocasión de un Congreso de Cirujanos Americanos. A su vuelta de Montreal lo preguntó: "¿Ha visto usted al cazador canadiense?" Creo que Luis se sonrió un poco al contestarme: "Sí, pero le habían cerrado el agujero."

Los guantes del médico

En las pinturas del Renacimiento habéis visto que el médico, calzado de guantes y sin despojarse de su magnífico ropón, señalaba al humilde cirujano, del gremio de barberos, el sitio donde había de hundir la lanceta o el trócar.

Aquellos guantes se los quitaba el médico para tomar el pulso, y alguna vez sucedió que se los puso el cirujano para operar. Como por magia se convirtió en maestro, ganó más prestigio y dinero que el médico "puro". El cirujano fué un privilegiado, cuya audacia y habilidad, demostrada por actos de inmediatas consecuencias, se pagaban mucho más que la erudición del internista, que sólo manejaba unas drogas de dudoso efecto.

Entonces, los médicos, celosos, han querido recuperar sus guantes, han creado la especialidad integral: diagnosticar, recetar y operar al enfermo del aparato urinario, del digestivo, del respiratorio... El oculista, el rinólogo, el ginecólogo, habían ya ganado el título; y empezaban a ganarlo los gastro-enterólogos fuera de España, cuando Urrutia lo quiso hacer; duro fué el empeño. Los cirujanos no admitían que quien expusiera doctrinas operase, considerándole inhábil y mal preparado. Así como los internistas no concebían que un cirujano se ocupase de patogenias y escribiese artículos y libros que no fuesen de pura técnica operatoria.

De cómo se preparó y combatió Urrutia para ser un perfecto cirujano, lo sabéis bien; y cómo llevó el bisturí a empresas que los operadores más consagrados no habían osado. Fué curioso ver que los que se sonreían al principio, creyendo que se quedaría "corto" en la mesa de operaciones, se escandalizaban cuando le veían "pasarse" rescecando el estómago, la vesícula, el bazo o el colon. Algunas jornadas amargas, como aquella del Congreso de Madrid, hubieran desanimado a otro; Urrutia frunció el ceño, acentuó la mueca de sus delgados labios y se puso los guantes de gran cirujano otra y otra vez, hasta volcar sobre sus detractores razones irrefutables y estadísticas no superadas.

El corazón del cirujano

Dice San Ambrosio que desde la mano, más precisamente, desde el dedo anular al corazón, hay un nervio que les solidariza; de ahí que el colocar un anillo en el dedo, como señal de desposorio, equivale a sujetar el corazón de por vida, con un cerco de metal que lo aprisione.

Aunque las Anatomías clásicas lo contradigan (sin embargo, nuevas investigaciones sobre el simpático dan la razón a San Ambrosio), algo debe de haber de esto. Cuando la mano quirúrgica actúa, el corazón quebranta su ritmo con aceleraciones.

¡Oh, la angustia sin tregua, penosamente reprimida, de un cirujano de vida activa! Angustia al plantear el problema, angustia durante el acto de resolverlo, angustia a las horas y días que siguen al de la operación; garra en el pecho, angor pectoris, angina. Según la ley de la vasomotilidad, el angiospasmo emocional será luego una estructura orgánica y una degeneración del miocardio.

La figura anatómica del corazón es como un vaso palpitante, atado a lo largo y de través por las coronarias, tan prieto, tan prieto, que se han hecho en la carne dos surcos; y todos los días la emoción tira de estos cordeles y estrecha el nudo. Y una noche, el cirujano recibe una advertencia, y otra noche el cirujano se muere con el corazón estrangulado.

Serenamente

"Nada se pierde, todo se transforma". Esta serenidad con que los médicos se despiden, es como la del creyente en una vida mejor y eterna; o el queréis se suma a la del creyente, porque sabe que para que la vida se renueve es precisa la muerte. Si el que parte, además de creyente y de médico es sabio, la serenidad se sublima porque el tránsito le convertirá en piedra fundamental del templo de la ciencia.

Porque habéis de notar que las Instituciones se levantan sobre sepulcros. Para que se levantara la iglesia Cristiana, tuvo Cristo que bajar al sepulcro. Sobre el de San Pedro o el de Santiago se alzaron las estructuras de las Catedrales y con ellas la estructura social de la Edad Media. Sobre el de Wirchow y el de Pasteur estamos construyendo los templos de la Anatomía Patológica y de la Bacteriología, constantemente reformados con esa mutabilidad que caracteriza los principios de las ciencias biológicas, que no quieren dogmas, sino problemas.

Queremos levantar la Universidad Vascongada. Tenemos obreros activos y buenos materiales. Sin impaciencia vayamos reuniéndolos. Cuando los mejores de entre nosotros caen, humano es que nos entren pena y desaliento; pero que sean breves, por que "nada se pierde", ni la gota de sangre del mártir ni la célula cerebral del sabio. El que fué obrero distinguido, maestro en el gremio, será cimiento de un templo.

Ya los médicos navarros tienen los suyos, desde hace siglos; de nuestro tiempo es la figura de Alejandro de San Martín que, como el otro "Santo", Francisco de Sales, dejó su cuerpo a los estudiantes de Anatomía. Los vizcaínos tienen la losa sepulcral de Achúcarro. Y nosotros, la de Urrutia.

¡Jóvenes obreros de la Universidad vascongada; simpáticos y animosos peones de la Medicina vasconavarra! Seguid aportando el material para levantar nuestro templo, y vuestras fuerzas para derribarlo y reedificarlo mil veces. Urrutia fué uno como vosotros; luego fué maestro, y pronto, demasiado pronto, el Destino nos lo ha quitado, como nos quitó a Achúcarro. Pero es que nos urge tener piedras en qué fundar.

Nuestro compañero, que en un mismo día pasó de la mesa del trabajo al lecho de muerte, dijo de sí: "No hay nada que hacer". Nada que hacer para volver a la vida; pero en los libros que nos ha dejado, en cada página dice: "Todo está para hacer y por rehacer".

Que esta sesión no sea una lamentación de plañideras.

Labremos el sepulcro de Urrutia; y sobre él y sobre el de "nuestros muertos inmortales" sigamos convirtiendo en gloria lo que Dios nos impuso como castigo: ¡¡ el trabajo!!

EN EL NOVEDADES,

Una magnífica audición del pianista Egon Petri

Egon Petri—pianista y compositor ya prestigio universal—dió ayer su anunciado concierto en el Salón Novedades ante un público distinguido que llenaba por completo el simpático local.

El programa contenía obras de indudable atractivo. Componían la primera parte tres piezas de Bach: "Capriccio", "Menuetto" y "Toccata"; la primera y la tercera, adaptadas por Busoni; y la otra, por el mismo Petri. La impresión causada por el eminente pinaista en esta primera parte fué excelente, resaltando sobre todo su perfección técnica, unida a un fino espíritu de suaves matices.

En la segunda parte—"Sonata", de Beethoven, y "Preludio", de Franck—destacó sobre todo la interpretación de la obra de Franck, que utvo en Petri un magnífico ejecutante.

"Cuatro preludios", de Debussy, y "Dos preludios", de Rachmaninow, formaban el final del programa. Pero hubo más. El P. Otaño, director del Círculo San Ignacio y organizador de tan interesantes conciertos, anunció que había logado a Egon Petri tocase el "San Francisco", de Liszt, obra que ya el P. Otaño le había escuchado y de la que el gran pianista holandés ofrece una interpretación formidable. Así pudo comprobarlo el auditorio, que, a pesar de lo avanzado de la hora, hubiese querido seguir escuchando aún al célebre ejecutante, cuyo éxito fué definitivo.

HOY, CONFERENCIA DEL P. LETURIA.

También anunció el P. Otaño que esta mañana, a las once y media, daría una conferencia sobre "Bolívar y el Papado" el R. P. Leturia, profesor de Historia Eclesiástica en el Colegio Máximo de Oña, y cuyos conocimientos sobre el tema son bien reconocidos.

Advirtió el P. Otaño que la entrada sería pública, pues el Círculo de San Ignacio tiene la satisfacción de invitar a esta clase de actos a todos los amantes de la cultura.

El sumario de la conferencia es el siguiente:

Introducción. — Bolívar, vasco y americano.

I. Croquis de la acción continental de Bolívar en América.

II. Bolívar, predecesor de la Sociedad de Naciones.
   Congreso de Panamá.

III. Bolívar y el Papado.
   1) Gravitación de América a Roma.
   2) Por los Obispos a Roma.
   3) Propuesta del Concordato a Monseñor Muzi.
   4) La preconización de Mayo 1827.
   5) Brindis de Bolívar y carta al Papa León XII.
   6) Decretos contra las Logias y la Enseñanza impía en 1828.

IV. La muerte religiosa de Bolívar.
   Religiosidad personal?
   Sacudidas semivolterianas y faltas morales.
   La muerte cristiana.

Martínez Sierra va a Hollywood

Madrid, 10 (12 n.).

El señor Martínez Sierra saldrá uno de estos días para Hollywood, con el fin de asesorar en varias películas.

En su viaje artístico le acompaña Catalina Bárcena.

Drama misional en euskera

En Koru'ko Andre Maria'ren Ikastetxea

Hoy, domingo, a las cinco y media de la tarde, se representará en las Escuelas Vascas el drama misional "Chao".

El Cuadro Artístico de las Escuelas Vascas ha ensayado con verdadero ahinco tan emocionante obra lírico-musical. Los pequeños actores os demostrarán ser artistas de excepcionales cualidades. ¡Hay que ver cómo trasladan los simpáticos "umehus" de nuestras Escuelas Vascas! Se puede dar una larga camina por verles. El local es algo reducido. Así que apresúrense los buenos, los amantes de las Misiones, los que piensan que hacen algo por el euskera...

Pasen a recoger la entrada a las mismas Escuelas (Campanario, 2; teléfono 14.626).

No es dinero, sino una limosna lo que se pide para aliviar la desgraciada vida de los niños infieles...

Hoy todos, a las cinco y media, a las Escuelas Vascas.

Cambó no hará nuevas declaraciones políticas

Madrid, 10 (12 n.).

No es seguro que Cambó facilite una nota a la Prensa, como se había dicho.

El señor Nadal, su secretario, ha dicho que no habrá inconveniente en dar cuenta diariamente de las visitas que haga o reciba.

Figuraban entre las de ayer las de los señores Aranzadi, Sainz Rodríguez y Bertrán y Musitu, con quien almorzó el señor Cambó.

También visitó al ministro de Gracia y Justicia.

Parece que no hará declaraciones políticas.

No ha visitado al conde de Romanones ni al jefe del Gobierno, como se había dicho, durante todo el día.

Bautizo de tres niños gemelos

Valencia. — El gobernador civil ha delegado en el jefe de policía para que le represente en el bautizo de los tres niños gemelos del obrero Eduardo Jover.

Serán también padrinos el capitán general y el alcalde; y madrinas, distinguidas damas de la localidad.

NOTAS

DE UN VIAJE A SUD-AMERICA

REVOLUCION

Hoy amanece Buenos Aires, después de una noche angustiosa. El estruendo de muchos aeroplanos volando a tan poca altura que se ven las ametralladoras encañonadas al suelo, alarma al gran pueblo que corre en todas direcciones. ¿Qué pasa? Por de pronto carreras locas y fugas veloces. Pero qué pasa? Cierre atropellado de puertas y correr de persianas. Todo toma en pocos momentos un aspecto de alarma y los aeroplanos se ciñen más y con mayor estruendo a las casas bajas de Buenos Aires.

Los cosacos de Irigoyen barren las calles con poca piedad. Entre tanto nadie sabe si los aviadores son revolucionarios o leales. No se sabe nada, pero se teme todo. De pronto unas proclamas: La revolución encendida.

El general Uriburu se ha sublevado con la Escuela militar y viene a apoderarse del Gobierno. Aquí, raramente se ven curas o militares; los cuarteles están lejos y al salir el jefe rebelde ha mandado un ultimátum a Irigoyen. "Si a mi llegada no encuentro la dimisión de todos, bombardearé la Casa de Gobierno".

Y enseguida en la ciudad revuelo, medidas, conferencias. Luego salen fuerzas para cortar el paso a Uriburu; pero los leales cuando chocan con los rebeldes pasan de leales a rebeldes y vuelven juntos.

Todas las noticias las van trayendo los estudiantes que con un magnífico servicio de automóviles están en contacto con los sublevados. Ahora llega uno que frena violentamente delante de la Facultad; en la Facultad están exaltados, pero prevenidos. Velan el cadáver de un compañero muerto por los cosacos del Presidente. El que tenga armas puede pasar a atrincherarse. El último auto, de señorito rico, dice que las tropas ya están aquí.

El recibimiento es colosal. Avanzan lentamente porque el pueblo se ha echado a la calle acompañándolos. ¡Qué revolucionarios más bonitos! La avanzada está formada por cadetes bravos que parecen niños. "¡Muera Irigoyen, viva la Escuela militar!!" Y las mujeres, como verónicas modernas, les reparten agua, tabaco y besos. Dan ganas de ser revolucionario. Los estudiantes armados se han unido a las tropas. Sobre los cañones y carros de guerra, soldados, pueblo y mujeres bonitas. Ovaciones, alegría, más ovaciones. ¡Viva la revolución!

Y de pronto una descarga cerrada contra las fuerzas y la multitud. Pero ¿estaba esto en el programa? Militares y estudiantes replican la agresión. La gente huye en todas direcciones y en el suelo quedaban las primeras víctimas.

Nuevo avance y nuevo tiroteo. Esta vez se dispara de un periódico irigoyenista. Pero los cadetes ¡valientes chavales! bajo el fuego, arman sus ametralladoras y parapetados en los caballos muertos castigan fuerte. Ya es de noche cuando llegan al Palacio del Gobierno. Aquí son recibidos con un tiroteo atroz y la lucha entablada es dura. Afortunadamente estamos refugiados en un café cercano y fortificamos las puertas; mesas, sillas, tabiques. Decididamente, no tenemos madera de héroes.

Y ahora cañonazos y entre las detonaciones otro ruido terrible, el de las sirenas de las ambulancias que llenas de víctimas cruzan veloces las calles oscuras.

Muy entrada la noche llegamos al último escenario. La bandera de la paz ondula en el Gobierno. Los muertos y heridos han desaparecido; pero en la noche, la gran plaza sembrada de caballos muertos, da una idea aproximada de la jornada.

ZULOAGA Y URANGA

Aquí en este Museo Nacional de la República Argentina hay bastantes cuadros españoles; entre los más famosos éste de Ignacio Zuloaga que llamamos "Las brujas de San Julián". Son siete perfectas murmuradoras duchas en airear sucesos locales con intenciones torcidas. Estas siete mujeres han revuelto al pueblo más de una vez, naciendo importante el suceso minúsculo y maligna la nota baladí. Siete lenguas viperinas que tejen y destejen rumores a placer.

La más delgadita, la que tiene cara de constipado, parece la capitana. ¿De qué hablara mal en esta encantadora ciudad donde nadie repara en el vecino? Ella inicia el rumor, pero pasado por el círculo que forman sus compañeras, el rumor vuelve al punto de partida y no les divierte demasiado. —Hay que arañar honras ¿qué hacemos aquí?—parecen exclamar a todas horas.

Pero la brujita de cara de constipado no puede contenerse; y como no conoce a ninguno de los visitantes, arremete contra el pintor que las condenó a vivir aquí.

—Sí, sí, tiene gracia ¿eh? Zuloaga cuando nos pintó solía decir que a él no le gustaba exhibirse ¿eh? que no le agradaba demasiado que se publicasen sus cuadros y, sobre todo, que no leía ninguna crónica que se le dedicaba, ¿eh? Pamplinas.

Y el coro atento de compañeras corrobora el discurso:

—Sí, sí. ¡Pamplinas, pamplinas! —Sin embargo las siete brujas se indignan, porque ni hemos pestañeado, pues nos parece que, en efecto, bien pueden ser pamplinas esas declaraciones del admirado maestro y admirado pintor.

Zuloaga se equivocó al vender este cuadro a la Argentina; lo mismo que, visto desde aquí, nos parece que estos días se ha cometido al otro lado del mar otra pequeña equivocación. Los cables traen la reclusión de Franco en una celda. Nos parece difícil que un aviador diestro en saltar continentes pueda vivir en una jaula; precisa, pues, otra prisión: una isla, por ejemplo, que pueda parecerle un avión gigante en medio del mar. Unamuno sí; a Unamuno le sobran cuatro paredes y muchos libros; y sin embargo ha estado en Fuerteventura. Lo mismo sucede con estas brujas, que en vez de mandarias a vivir a un pueblo menudo, las han traído a esta ciudad colosal. Y aquí están despistadas, porque provocado por sus maniobras, nadie protesta, nadie se indigna y todo rueda con felicidad.

Pero no hemos venido a esto. Casi nunca podemos hablar de Zuloaga en el pas vasco sin que en el acto nos digan quién le pinta los cuadros. La murmuración no se sabe dónde se inició, pero ya es doña Murmuración. Sin duda, el dar noticias falsas por buenas es sólo un deporte más; hasta ahora se creía que los que la practicaban tenían que tener cara de calumnia, pero está visto que todas las caras valen. En Guipúzcoa, por ejemplo, son infinitas las que sin parecerse a éstas del cuadro, bordan espléndida murmuración en torno al eje que es nuestro gran pintor. Verán ustedes: Uranga pinta los cuadros y Zuloaga los firma. No es más que esto. El disparate es de tales proporciones que no se sabe dónde empezar a desprestigiarlo. Porque para eso hara falta, por lo menos, que Zuloaga pintase como don Pablo Uranga.

LA MUERTE

En los pueblos chiquitos se vive más en contacto con la muerte; en cambio en una gran ciudad no se le recuerda demasiado. El trajín loco, las mujeres bonitas, los taxis, las diversiones, todo forma una red como si señalase la frontera alegre y bulliciosa que las urbes gigantes trazan a la muerte. Claro que nadie deja de morirse a pesar de esa tumultuosa frontera.

Cuando esta impresión se dibuja con más claridad es cada vez que de un viaje largo regresamos a nuestro encantador pueblito vasco. A cualquier hora la gruesa campana de la parroquia canta: ¡Din! ¡dan! ¡din! ¡dan! y enseguida se van abriendo puertas y ventanitas a lo largo de las calles.

—¿Quién ha muerto?

—Será el de Basotxiki que tenía trancaze.

Los vecinos están tan bien informados como si en efecto el enfermo fuese de la familia. No se les escapa detalle. De gusto morirse ahí, comentado por todos piadosamente. Lo malo es que para que sea uno tratado con piedad tenga que empezar por morirse.

¡Din! ¡dan! ¡Din! ¡dan! Y de pronto se cortan todos los diálogos. Desde las casas próximas a la parroquia viene una voz que sube a los balcones y luego sigue rebotando en todos los portales.

—Es la Joxepa.

—¡La Joxepa!

—¡¡¡La Joxepa!!!

En cambio aquí, en esta espléndida Avenida de Mayo, nadie sabe quién es el que en estos momentos deja de vivir. Hasta los mismos entierros parece que se escamotean. Tal vez, así, no recordándoles la muerte se pretenda formar pueblos intrépidos. Por que está claro que pensando constantemente en morir y en bien morir, nadie tendría más que un solo deseo: el Cielo; todas las demás ambiciones quedarían descartadas. Además ¿para qué el progreso? ¿para qué las revoluciones? ¿Para qué los grandes inventos si Isaac Peral puede estar en el infierno y San Quito, que no ha inventado cosa mayor, en el Cielo?

Nos hace meditar así la muchedumbre presurosa de la Avenida de Mayo, llena de gentes de todas las tierras y que, aquí, han acabado olvidándose de la familia lejana, de los amigos, de la muerte y de todo lo que no sea caminar con la idea obsecionante de hacer fortuna.

LA BAÑERA DEL PRESIDENTE

Como en una trainera vencedora navega la turba por la calle Florida dentro de la bañera del Presidente. Recientemente han triunfado los rebeldes y, ahora, pasean su triunfo en esa extraña embarcación; pero no van a tomar ningún baño. Sólo quieren decir a todos los vientos cómo juegan hoy con quien mandaba ayer. La casa de don Hipólito Irigoyen nos recuerda esta mañana a esos relojes despiezados por los niños. Los tornillos más íntimos están en la vía pública. El relojero que componga esto buen relojero será. Pero hace muy bien en no arrimarse ninguno porque con su irigoyenismo o su buena intención sería arrojado a la hoguera.

Con los muebles no han podido tirar por la ventana al Presidente porque no estaba en casa. Del reloj faltaba, pues, lo principal: faltaba la cuerda. Sólo así se comprende que la multitud no gastase demasiado en romper un reloj parado y saliese buscando absurdas satisfacciones, de paseo en la bañera del jefe derrotado.

Un poco duro para cualquiera este tránsito. Ayer poderoso y hoy fugitivo, entregado a una fuga llena de sobresaltos. Hace poco, aún, llevando el timón de la nación y una hora después silvado. Es el mismo final de muchos mandatarios. Retirarse a tiempo, he ahí el gran secreto. Todavía, hay por el mundo muchas primeras figuras que avanzan a que las turbas, ahitas del mismo mando, pasean sus bañeras y rebanan sus cabezas.

Ahora ya está solo Irigoyen preso en un barco de guerra. ¿Qué pensará? El gran deseo de todo el que llegaba de Europa era que él inaugurase su teatro, su exposición o su invento. Ya ni el teatro, ni el invento, ni la exposición, se acuerdan del Presidente que tiene el mismo valor que el oro sin agua en el desierto.

Unos ambiciosos fueron a por oro. Mil penalidades y dos sacos de oro fueron el balance de los dos años. Cuando volvían, extraviados en el desierto, se morían de sed. Y llegó un momento en que querían dar todo el oro por una cantimplora de agua.

Irigoyen en el barco tiene él mismo valor que el oro en el desierto. Si hubiese cesado de mandar cuando era paseado bajo palio y su carroza tirada en triunfo por el pueblo, hubiese ido a parar, tal vez, esta bañera a un museo histórico. Pero difícilmente hubiese conseguido tanto público ni tanta ovación como hoy, público y ovaciones que afortunadamente no llegan a la prisión del Presidente a quien le han hecho pasar de un brinco desde el aplauso y el halago a los vituperios y el saqueo.

AXARI-BELTX.

Salaverría en Veracruz

Veracruz. — A bordo del «Cristóbal Colón» ha llegado el escritor español José María Salaverría.

Se propone dar varias conferencias en las Repúblicas suramericanas.

También ha llegado a bordo del mismo vapor el guitarrista español Sáinz de la Maza.

LA CARA ES EL ESPEJO DE LA DIGESTIÓN

Las huellas de las malas digestiones, así como de las sensaciones de ardor, acidez, flatulencias, eructos ácidos quedan impresas, como es natural, en la cara, cuya sensibilidad refleja fatalmente el dolor en sus diferentes manifestaciones. Tales inconvenientes pueden evitarse fácilmente con el uso de la Magnesia Bisurada después de las comidas, ya que este preparado alcalinizado corrige casi instantáneamente el efecto de la hiperclorhidria, combatiendo los disturbios digestivos. Por su virtud se neutraliza rápidamente el exceso de acidez, así como los ardores, flatulencias y pesadeces, modificando debidamente la función digestiva hasta que llega a ser normal y sin dolor. La Magnesia Bisurada, que es un preparado inofensivo, no constituye hábito en el organismo y se vende en todas las Farmacias. Los Médicos recomiendan la Magnesia Bisurada.